

nian dos pisos, con sus salas y cámaras bien distribuidas, y sus patios; el techo llano, de buena madera, bien labrado y con azotea; los muros tan blancos, bruñidos y relucientes, que los primeros españoles que los vieron de lejos, los creyeron de plata; el pavimento, de una mezcla igual y lisa.

Muchas de éstas estaban coronadas de almenas; tenían torres y á veces un jardín con estanque y calles trazadas con simetría. Las casas grandes de la capital tenían por lo comun dos entradas: la principal que daba á la calle y otra al canal. En ellas no tenían puertas de madera, creyendo sin duda que sus habitaciones no necesitaban de otra custodia que la severidad de las leyes; mas para evitar la vista de los pasajeros, cubrían la entrada con cortinas, y junto á ellas suspendían algunos pedazos de vasija ú otra cosa capaz de avisar con su ruido á los de casa cuando alguno alzaba la cortina para entrar. A ninguno era lícito entrar sin el beneplácito del dueño. Cuando la necesidad, ó la urbanidad, ó el parentesco, no justificaban la entrada del que llegaba á la puerta, allí se le escuchaba y prontamente se le despedía.

Supieron los Mexicanos fabricar arcos y bóvedas,¹ como consta por las pinturas y como se ve en sus baños, en las ruinas del palacio real de Texcoco y en los otros edificios que se preservaron del furor de los conquistadores. También hacían uso de las cornisas y de otros adornos de arquitectura. Gustaban de otros que labraban en la piedra y en torno de las puertas y ventanas, á manera de lazos, y en algunos edificios había una gran sierpe de piedra, en actitud de morderse la cola, despues de haber girado el cuerpo, en torno de todas las ventanas de la casa. Los muros eran derechos y perpendiculares, aunque no sabemos de qué instrumento se servían para su construcción, porque el descuido de los historiadores nos ha privado de datos sobre este y otros puntos curiosos relativos á sus artes. Algunos creen que los albañiles de aquellos países, cuando alzaban un muro, amontonaban tierra por uno y otro lado, aumentando estos montones á medida que el muro se alzaba, de modo que cuando se concluía, se hallaba como enterrado y cubierto por la tierra que se había amontonado, con lo que no necesitaban de andamios. Pero si bien es cierto que este modo de fabricar haya estado en uso entre los Mixtecas y otras naciones de aquellos países, no creo que lo practicasen los Mexicanos, atendida la suma prontitud con que terminaban sus edificios. Sus columnas eran cilíndricas ó cuadradas, pero no sabemos que tuviesen bases ni chapiteles. Ponían particular empeño en tenerlas de una sola pieza, y tal vez las adornaban con figuras de bajo relieve. Los cimientos de las casas grandes de la capital se echaban, por causa de la poca solidez de aquel terreno, sobre un plano de gruesas estacas de cedro clavadas en tierra, como despues han seguido haciendo los españoles. El techo de estas casas era de cedro, de abeto, de ciprés, de pino ó de oyametl; las columnas de piedra ordinaria, y en los palacios, de mármol y aun de alabastro, que algunos españoles creyeron jaspe. Antes del reinado de Ahuizotl, los muros eran de piedra comun; pero habiéndose descubierto en su tiempo las canteras de *tetzontli*, á orillas del lago mexicano, se adoptó ésta como la más idónea para los edificios de la capital, porque es dura, ligera y porosa como una esponja, y la cal se une á ella fortísimamente. Por

¹ Torquemada dice que cuando los españoles construyeron una bóveda en la primera iglesia de México, los Mexicanos, asombrados, no querían entrar en ella, temerosos de que se desplomase; pero si en realidad tuvieron algun temor, no fué seguramente de la bóveda, de que, como ya hemos dicho, usaban en sus edificios, sino de alguna otra circunstancia que intervino en su construcción y que probablemente seria nueva para ellos.

esta razon, y por su color, que es un rojo oscuro, se prefiere aún en la época presente. Los empedrados de los patios y de los templos eran por lo comun de piedra de Tenayocan; pero había otros hechos con pedazos de mármol y de otras piedras finas.

Por lo demás, aunque los Mexicanos no hayan tenido un gusto arquitectónico comparable al de los europeos, no es ménos cierto que los españoles que dieron tan sorprendidos y admirados al ver los palacios reales de México, que Cortés, en sus Cartas á Carlos V, no hallando expresiones con que encarecerlos, le decía: "Tenía (Moteuczoma) dentro de la capital, casas tan grandes y maravillosas, que no puedo dar á entender de otro modo su excelencia y grandeza, si no es diciendo que no las hay iguales en España." Las mismas expresiones usa Cortés en otros lugares de sus Cartas, el conquistador anónimo en su apreciable relacion y Bernal Diaz en su sincerísima historia. Los tres eran testigos oculares.

ACUEDUCTOS Y CAMINOS SOBRE EL LAGO.—RUINAS.

Construyeron también los Mexicanos, para comodidad de las poblaciones, muchos y buenos acueductos. Los que conducían el agua á la capital desde Chapoltepec, que distaba dos millas, eran dos, hechos de piedra y mezcla, de cinco piés de alto, y de dos pasos de anchura, construidos sobre un camino abierto á propósito, por los cuales llegaba el agua hasta la entrada de la ciudad y de allí se distribuía por conductos menores en muchas fuentes y particularmente en las de los palacios reales. Aunque los acueductos eran dos, el agua solo pasaba por uno á la vez, y entre tanto componían el otro, para que el agua estuviese siempre limpia. Aun se ve en Tezcutcínco, antiguo sitio de recreo de los reyes de Texcoco, el acueducto por donde pasaba el agua á los jardines reales.

El mencionado camino de Chapoltepec, como los otros construidos sobre el lago, y de que he hablado anteriormente, son monumentos innegables de la industria de los Mexicanos; pero más luce en el suelo mismo de su capital, pues si en otras partes los arquitectos no tienen mas que hacer que echar los fundamentos y alzar el edificio, allí fué necesario formar el terreno en que se había de edificar, uniendo con terraplenes muchas islas separadas. Además de esta gran tarea, tuvieron la de construir diques y murallones en varios puntos de la ciudad, para mayor seguridad de la poblacion. Pero si en estas empresas se descubre la industria de los Mexicanos, en otras brilla su magnificencia. Entre los monumentos de la antigua arquitectura, que aun quedan en el imperio mexicano, son muy célebres los edificios de Mictlan en la Mixteca, en los que hay cosas maravillosas, y entre otras, una gran sala cuyo techo está sostenido sobre varias columnas cilíndricas de piedra, de ochenta piés de altura, y cerca de veinte de circunferencia, cada una de una pieza.

Pero ni esta ni ninguna otra de las ruinas que se conservan de la antigüedad mexicana, pueden compararse con el famoso acueducto de Cempoallan. Esta gran obra, digna de rivalizar con las mayores de Europa, fué construida á mitad del siglo XVI. Dirigióla, sin saber siquiera los principios de la arquitectura, el misionero franciscano Francisco Tembleque, y ejecutáronla con suma perfeccion los Cempoaltecas. Movido á piedad aquel insigne religioso por la escasez de agua que padecían sus neófitos, pues la que habían recogido en

pozos habia sido consumida por los ganados de los españoles, se propuso socorrer á toda costa la necesidad de aquellos pueblos. El agua estaba demasiado léjos, y el terreno por el cual debia pasar, era desigual y montuoso; pero todos los obstáculos cedieron al celo activo del misionero, á la industria y fatiga de los indios. Hicieron, pues, un acueducto de piedra y cal, de treinta y dos millas de largo, por causa de las vueltas que tuvo que dar en los montes.¹ La mayor dificultad consistió en tres grandes barrancos ú hondonadas que se hallaban en el camino. Superóse, sin embargo, por medio de tres puentes: el primero de cuarenta y siete arcos, el segundo de trece, y el tercero, que es el mayor y el más admirable, de sesenta y siete. El arco mayor, que es el de enmedio, situado en la mayor profundidad, tiene ciento diez piés geométricos de alto, y sesenta y uno de ancho; así que, podría pasar por debajo un gran navío. Los otros sesenta y seis arcos, situados á una y otra parte de aquel, van disminuyendo por los dos lados, hasta llegar al borde del barranco y poner el acueducto al nivel del terreno. Este gran puente tiene de largo tres mil ciento setenta y ocho piés geométricos. Cinco años se emplearon en su construccion, y diez y siete en la de todo el acueducto. No me parece importuna en mi Historia la descripción de esta soberbia fábrica; porque si bien fué emprendida por un español despues de la conquista, fué ejecutada por Cempoaltecas que sobrevivieron á la ruina de su imperio.

El ignorante autor de las *Indagaciones filosóficas (des Recherches Philosophiques)* niega á los Mexicanos el conocimiento y el uso de la cal; pero consta por el testimonio de todos los historiadores de México, por la matrícula de los tributos, y sobre todo, por los edificios antiguos que aun existen, que todas aquellas naciones hacian de la cal el mismo uso que los europeos. El vulgo de aquellos países cree que los Mexicanos mezclaban huevos con la cal para darle más tenacidad; mas este es un error, ocasionado por el color amarillento de las paredes antiguas. Consta igualmente por el dicho de los primeros historiadores, que tambien se servían de ladrillos cocidos, y que se vendían, como otras muchas cosas, en el mercado.

PICAPEDREROS, JOYISTAS Y ALFAREROS.

Los picapedreros, que cortaban y trabajaban la piedra para los edificios, no se servían de picas de hierro, sino de unos instrumentos de piedra muy dura; sin embargo, hacian relieves y adornos. Pero más que estos trabajos, ejecutados sin el uso del hierro, causan asombro las piedras de estupendo tamaño y peso que se hallaron en la capital, trasportadas de muy léjos y colocadas en lugares altos sin el auxilio de los recursos que ha inventado la mecánica. Además de la piedra comun, trabajaban el mármol, el jaspe, el alabastro, el itztli y otras piedras finas. Del itztli hacian espejos guarnecidos de oro y aquellas excelentes navajas que empleaban en sus espadas, y de las que se servían tambien sus barberos. Hacíanlas con tal prontitud, que en una hora fabricaban ciento. El método de que se valían se halla descrito en las obras de Hernandez, Torquemada y Betancourt.

¹ Torquemada dice que el largo del acueducto era de 160,416 piés de *marca*, "que son, añade, más de quince leguas;" pero si habla, como parece, de piés geométricos, son solamente 32 millas y 83 piés, ó poco más de 11 leguas. Si hablase de piés toledanos, seria algo ménos; pues este es al geométrico como 1,240 á 1,417.

Los joyistas mexicanos, no solo tenían conocimiento de las piedras preciosas, sino que sabían pulirlas, labrarlas y cortarlas, dándoles cuantas figuras querían. Los historiadores aseguran que estos trabajos se hacían con una especie de arena; pero lo cierto es que no era posible hacerlos sin algun instrumento de piedra, ó del cobre duro que hay en aquellos países. Las piedras preciosas que más usaban los Mexicanos eran las esmeraldas, las amatistas, las cornerinas, las turquesas y otras desconocidas en Europa. Las esmeraldas eran tan comunes, que no habia señor que no poseyese un gran número de ellas; y ninguno se enterraba, sin tener una colgada al labio, para que le sirviese de corazon, segun ellos decían. Fueron infinitas las que se enviaron á la corte de España, en los primeros años despues de la conquista. Cuando Cortés volvió por primera vez á España, trajo consigo, entre otras joyas inestimables, cinco esmeraldas, que segun asegura Gomara, que vivía á la sazón, fueron apreciadas en cien mil ducados, y por una de ellas querían darle cuarenta mil ciertos mercaderes genoveses, para venderla al gran señor;¹ y además dos vasos de esmeralda, apreciados, segun Mariana, en trescientos mil ducados, y que el mismo Cortés perdió en el naufragio que hizo en la desgraciada expedición de Carlos V contra Argel. En el día no se trabajan aquellas piedras, ni aun se sabe de dónde las sacaban los antiguos; pero subsisten enormes pedazos de esmeralda, como un ara que hay en la catedral de la Puebla de los Angeles, y otra en la iglesia parroquial de Quechula (si no es la misma que aquella), que tenían sujeta con cadenas de hierro, como dice Betancourt, para más seguridad.

Los alfareros hacían con barro, no solo toda especie de vajilla necesaria para los usos domésticos, sino otros trabajos de pura curiosidad, que pintaban de varios colores; pero no consta que conociesen el vidriado. Los más famosos alfareros eran los de Cholula, cuyas obras eran muy apreciadas por los españoles. En el día son famosos los de Cuauhtitlan.

CARPINTEROS, TEJEDORES, ETC.

Los carpinteros trabajaban muy bien toda clase de madera, con sus instrumentos de cobre, de los cuales aun se ven algunos.

Las fábricas de toda especie de tela eran muy comunes en todos aquellos países, y esta era una de las artes más propagadas en ellos. Carecían de lana, de seda comun y de cáñamo; pero suplían la lana con algodón; la seda, con pluma, con pelo de conejo y de liebre, y el cáñamo con ixcoctli ó palma silvestre y con diferentes especies de maguey. Del algodón hacían telas gruesas, y otras tan finas y delicadas como la holandá. Estas últimas fueron, con razon, apreciadas por los españoles. Pocos años despues de la conquista se llevó á Roma un traje sacerdotal de los Mexicanos, que, segun afirma Boturini, causó general admiración en aquella corte, por su finura y excelencia. Tejian estas

¹ Una de las esmeraldas de Cortés tenía la forma de una rosa; otra la de una corneta; otra la de un pez con los ojos de oro; otra era una campanilla, con una perla fina en lugar de badajo, y en la orla esta inscripción en letras de oro: *Bendito quien te crió*. La más preciosa, por la cual querían dar los genoveses los 40,000 ducados, era una copa con el pié de oro, y cuatro cadenas del mismo metal, que se unían en una perla á guisa de boton. La orla era un anillo de oro, con esta inscripción: *Inter natos mulierum non surrexit major*. Estas cinco piedras, trabajadas por los Mexicanos de orden de Cortés, fueron regaladas por él á su segunda mujer, la noble Señora Doña Juana Ramirez de Arellano y Zúñiga, hija del conde de Aguilar: "Joyas, dice Gomara que las vió, superiores á cuantas tenían las señoras españolas."

telas con figuras de diversos colores, que representaban flores y animales. Con plumas tejidas en el mismo algodón hacían capas, colchas, tapetes, cotas y otras piezas no ménos suaves al tacto que hermosas á la vista. He visto algunos hermosos mantos de esta especie, que hasta ahora conservan varios señores del país, y los usan en las fiestas extraordinarias, como en la coronación del rey de España. También tejían con algodón el pelo más sutil del vientre de los conejos y de las liebres, después de teñido é hilado, resultando una tela blandísima con que los señores se vestían en invierno. De las hojas de dos especies de maguey llamadas *pati* y *quetzalichitli*, sacaban un hilo delgado para hacer telas equivalentes á las de lino: de las de otras especies de la misma planta y de la palma silvestre, otro hilo más grueso semejante al cáñamo. El modo que tenían de preparar estos materiales era el mismo que los europeos emplean para sus dos hilazas favoritas: maceraban las hojas en agua, las limpiaban, las ponían al sol, y separaban el hilo hasta ponerlo en estado de poder hilarlo.

De las mismas hojas de palma silvestre y de las de otra especie llamada *izhuatl*, hacían finísimas esteras de varios colores. En otras empleaban el junco que nace abundantemente en aquel lago.

Del hilo de maguey se servían también para cuerdas, zapatos y otros utensilios.

Curtían bastante bien las pieles de los cuadrúpedos y de las aves, dejándoles unas veces el pelo y la pluma, ó quitándoselos, según el uso que de ellas querían hacer.

Finalmente, para dar alguna idea del gusto de los Mexicanos en las artes, me parece oportuno transcribir la lista de los primeros regalos que envió Cortés á Carlos V, á los pocos días de su llegada al territorio de México.¹

LISTA DE LAS CURIOSIDADES ENVIADAS POR CORTÉS A CARLOS V.

Dos ruedas de diez palmos de diámetro: una de oro con la imagen del sol, y otra de plata con la de la luna, formadas una y otra de hojas de aquellos metales, con muchas figuras de animales y otras de bajo relieve, trabajadas con singular artificio. La primera sería probablemente la figura del siglo, y la segunda la del año, según lo que dice Gomara, aunque no lo asegura.

Un collar de oro, compuesto de siete piezas, con ciento ochenta y tres pequeñas esmeraldas engarzadas y doscientas treinta y dos piedras semejantes al rubí. Pendían de ella veintisiete campanillas de oro y algunas perlas.

Otro collar de oro de cuatro piezas, con ciento dos piedras como rubíes, ciento setenta y dos esmeraldas, diez hermosas perlas engastadas y veintiseis campanillas de oro. "Estos dos collares, dice Gomara, eran dignos de verse, y tenían otras preciosidades además de las referidas."

Un morrion de madera cubierto de oro, guarnecido de piedras, con veinticinco campanillas de oro que de él pendían, y en lugar de penacho, un pájaro verde con los ojos, los pies y el pico de oro.

Una celada de oro cubierta de pedrería, de la que pendían algunas campanillas.

¹ Esta lista es copiada de la Historia de Gomara, que vivía á la sazón en España, omitiendo algunos objetos poco importantes, y apartándome del orden seguido por aquel autor.

Un brazaletes de oro muy fino. Una vara á guisa de cetro, con dos anillos de oro en las dos extremidades, guarnecidos de perlas.

Cuatro tridentes adornados con plumas de varios colores, con las puntas de perlas, atadas con hilo de oro.

Muchos zapatos de piel de ciervo, cocidos con hilo de oro, y con las suelas de piedra itztli, blanca y azul, y muy sutiles. Gomara no dice expresamente que la piedra fuese itztli, pero se infiere de su descripción. Es probable que estos zapatos no se hacían sino por curiosidad, aunque también puede ser que los usasen los señores cuando iban en litera, como solían hacerlo.

Una rodela de madera y cuero, con campanillas pendientes al rededor, y en medio una lámina de oro, en que se veía esculpida la imagen del dios de la guerra, entre cuatro cabezas de león, de tigre, de águila y de buho, representadas al vivo, con sus pieles y sus plumas.

Muchas pieles curtidas de cuadrúpedos y aves, con su pluma y pelo.

Veinticuatro rodelas, bellas y curiosas, de oro, de plumas y de perlas menudas, y otras cinco solo de plumas y plata.

Cuatro peces, dos patos y otros pájaros de oro fundidos.

Dos lagartos de oro, y un gran cocodrilo revestido de hilo del mismo metal.

Un espejo grande guarnecido de oro, y muchos pequeños. Muchas mitras y coronas de plumas y oro, adornadas de piedras y perlas.

Muchos penachos, grandes y hermosos, de plumas de varios colores, con adornos de oro y de piedras pequeñas.

Muchos abanicos de oro y plumas, ó de plumas solas de diversas hechuras, pero todos hermosísimos.

Una capa grande de algodón y de plumas de varios colores, con una rueda negra en medio, con sus rayos.

Muchas capas de algodón, enteramente blancas, ó blancas y negras, de cuadros; ó rojas, verdes, amarillas y azules, peludas por fuera, como felpa, y por dentro lisas y sin color.

Muchas camisolas, jubones, pañuelos, colchas, cortinas y tapetes de algodón.

Todos estos objetos eran, según dice Gomara, más preciosos por su artificio que por su materia. "Los colores del algodón, añade, eran bellísimos, y los de las plumas eran naturales. En cuanto á los renglones de fundición, nuestros artífices no podían comprender cómo habían sido ejecutados." Este regalo, que era parte del que hizo Moteuczoma á Cortés, pocos días después de haber desembarcado éste en Chalchiuhcuecan, fué enviado por el conquistador á Carlos V, en Julio de 1519, y este fué el primer oro y la primera plata que el Nuevo Mundo envió al antiguo; pequeño ensayo de los inmensos tesoros que debía enviar en el porvenir.

CONOCIMIENTO DE LA NATURALEZA; MEDICINA.

De todas las artes practicadas por los Mexicanos, la medicina fué la que ménos llamó la atención de los historiadores españoles, aunque pertenece esencialmente al conocimiento de aquellos pueblos. Los escritores de que hemos hablado, se contentan con decir que los médicos mexicanos tenían un gran conocimiento de las yerbas, y que con ellas hacían curas maravillosas; pero sin especificar los progresos que hicieron en una ciencia tan provechosa al género humano. Sin embargo, no puede dudarse que las mismas necesidades que

obligaron á los griegos á formar una coleccion de experimentos y observaciones sobre la naturaleza de las enfermedades y sobre la virtud de los medicamentos, condujeron igualmente á los Mexicanos al estudio de estas dos partes esencialísimas de la medicina.

No sabemos que se valiesen de sus pinturas, como los griegos de sus escritos, para comunicar sus luces á la posteridad. Los profesores de medicina instruían á sus hijos en el carácter y en las variedades de las dolencias á que está sometido el cuerpo humano, y en el conocimiento de las yerbas que la Divina Providencia ha criado para su remedio, cuyas virtudes habian sido experimentadas por sus mayores. Enseñábanles el modo de distinguir los diferentes grados de la misma enfermedad, de preparar las medicinas y de aplicarlas. De todo esto nos ha dejado pruebas convincentes el Dr. Hernandez, en su Historia Natural de México.¹ Aquel docto y laborioso escritor tuvo siempre por guía á los médicos mexicanos en el estudio de la naturaleza, que hizo en aquel vasto imperio. Ellos le dieron á conocer mil y doscientas plantas con sus propios nombres mexicanos, doscientas y más especies de pájaros, y un gran número de cuadrúpedos, de reptiles, de peces, de insectos y de minerales. De esta apreciable Historia, aunque imperfecta, podría formarse un cuerpo de medicina práctica para aquel reino, como la formaron en efecto el Dr. Farfán en su libro de *Curaciones*, el admirable anacoreta Gregorio López y otros célebres médicos; y si desde entónces en adelante no se hubiera descuidado el estudio de la naturaleza, ni hubiera sido tan grande la prevencion en favor de todas las cosas ultramarinas, se hubieran ahorrado los habitantes de México una gran parte de las sumas que han gastado en drogas de Europa y Asia, y hubieran sacado mucha ventaja de los productos de su país.

A los médicos mexicanos debe la Europa el tabaco, el bálsamo americano, la goma copal, el liquidámbar, la zarzaparrilla, la tecamaca, los piñones purgantes y otros simples que han sido y son de gran uso en la medicina; pero hay infinitos de que carece la Europa por la ignorancia y el descuido de los traficantes.

Además de los purgantes que hemos nombrado, y otros, hacian grandísimo uso del Michoacan, tan conocido en Europa;² del *Izticpatli*, tan celebrado por el Dr. Hernandez, y del *Amamaxtla*, conocido vulgarmente con el nombre de *Ruibarbo de los frailes*.

Tenian muchos eméticos, como el *Mexochitl* y el *Neixcotlapatl*; diuréticos,

¹ El Dr. Hernandez, siendo médico de Felipe II, y muy famoso por las obras que publicó sobre la Historia Natural de Plinio, fué enviado por aquel monarca á México para examinar las producciones naturales de aquel país. Empleóse en aquella tarea, con otros doctos naturalistas, y por espacio de muchos años, valiéndose de las luces de los médicos mexicanos. Su obra, digna de los 60,000 ducados que en ella se gastaron, constaba de 24 libros de historia, y 11 tomos de excelentes pinturas de plantas y animales; pero creyéndola el rey demasiado voluminosa, mandó compendiarla á un médico napolitano, Nardo Antonio Recchi. Este compendio se publicó en lengua española en México por el dominicano Francisco Jimenez, en 1615, y despues en Roma en latin por los académicos Linceos, en 1651, con notas y disertaciones eruditas, pero demasiado largas y fastidiosas. Los manuscritos de Hernandez se enviaron á la biblioteca del Escorial, y de ellos tomó el P. Nieremberg una gran parte de lo que escribió sobre la historia natural, como él mismo confiesa. El P. Claudio Clemente, jesuita frances, hablando sobre los manuscritos de Hernandez, dice así: "Qui omnes libri et commentarii, si pro ut affecti sunt, ita forent perfecti, et absoluti, Philippus Secundus, et Franciscus Hernandus, haud quaquam Alexandro et Aristoteli hac in parte concederent."

² La célebre raíz de Michoacan se llama en lengua tarasca *Tucnache*, y en mexicano *Tlatantlacuilla-pilli*. Dióla á conocer un médico del rey de Michuacan á los primeros religiosos que fueron á predicar el Evangelio á aquellos países, curándolos de las dolencias que padecian. De los religiosos se comunicó la noticia á los españoles, y de éstos á toda la Europa.

como el *Agixpatli* y el *Agixtlacotl*, que tambien celebra Hernandez; antidotos, como la famosa *contrayerba*, llamada por su figura *Coanepilli* (lengua de sierpe), y por sus efectos, *Coapatli*, esto es, remedio contra las serpientes; estornutatorios, como el *Zozoyatic*, planta tan eficaz, que bastaba acercar la raíz á la nariz para excitar el estornudo; febrífugos, como el *Chatalhuic* para las fiebres intermitentes, y para las comunes, el *Chiantzolli*, el *Ixtacxalli*, el *Huehuetzontecomatl*, y sobre todo, el *Izticpatli*. Para preservarse del mal que solian contraer cuando jugaban demasiado al balon, solian comer la corteza de *Apitzalpatli*, macerada en agua. Seria infinita la enumeracion que podría hacer de las plantas, resinas, minerales y otras medicinas, tanto simples como compuestas, de que se servian como remedios en todos las especies de enfermedades que conocian. Quien desée tener noticias más individuales sobre este asunto, podrá consultar la mencionada obra del Dr. Hernandez, y los dos tratados publicados por el Dr. Monardes, médico sevillano, sobre las drogas medicinales que se suelen traer de América.

ACEITES, UNGÜENTOS, INFUSIONES, ETC.

Servianse los médicos mexicanos de infusiones, decocciones, emplastos, unguentos y aceites, y todas estas cosas se vendian en el mercado, como refieren Cortés y Bernal Diaz, testigos oculares. Sus aceites más comunes eran los de hule ó resina elástica; de *tlapatl*, árbol semejante á la higuera; de *chile* ó pimiento; de *chia* y de *ocotl*, que era una especie de pino. Este último se sacaba por destilacion, y los otros por decoccion. El de chia servia más á los pintores que á los médicos.

Del *huitziloxitl* sacaban, como ya he dicho, las dos clases de bálsamo, de que hace mencion Plinio y otros naturalistas antiguos: á saber, el opobálsamo, que era el destilado del árbol, y el gilobálsamo, sacado por decoccion de las ramas. De la corteza del *huaconex*, macerada por espacio de cuatro dias continuos en agua, formaban otro liquido semejante al bálsamo. De la planta llamada por los españoles *Maripenda* (nombre tomado, segun parece, de la lengua tarasca), sacaban igualmente un licor semejante al bálsamo, tanto en su buen olor cuanto en sus maravillosos efectos, cociendo en agua los tallos tiernos con el fruto de la planta, hasta espesarse aquella como mosto. De este modo formaban otros aceites y licores preciosos, como el del liquidámbar y el de abeto.

SANGRIAS Y BAÑOS.

Era comunísimo entre los Mexicanos y otros pueblos de Anáhuac, el uso de la sangría, que sus médicos ejecutaban con destreza y seguridad, sirviéndose de lancetas de itzli. La gente del campo se sacaba sangre, como lo hacen todavia, con puntas de maguey, sin valerse de otra persona y sin suspender el trabajo en que se emplean. En lugar de sanguijuelas se servian de los dardos del puerco espin americano, que tiene un agujero en la punta.

Entre los medios que empleaban para conservar la salud, era bastante comun el baño, que muchos usaban diariamente en el agua natural de los rios, de los lagos, de los canales y de los estanques. La experiencia ha hecho conocer á los españoles las ventajas de estos baños, y sobre todo en los países calientes.